

David Nicolás Ruiz Puga



Nació en Benque Viejo del Carmen, al occidente de Belice, en la frontera con el Petén, Guatemala. Ha laborado en el sistema de educación en Belice como profesor y administrador, y como investigador en equipos de edición en la revisión de textos. Sus publicaciones incluyen dos antologías de cuentos —*Old Benque* (Cubola Productions, 1990) y *La visita* (Poustinia Foundation, 2000)—, el libro infantil *Jonas Matapalo* (Poustinia

Foundation, 2003), la novela corta *Dios Salve a la Reina!* (Poustinia Foundation, 1995), editada también por L'Harmattan (Francia) en 2006, y *Under the Yax'ché Tree* (Poustinia Foundation, 2010), una colección de cuentos en inglés.

Ruiz Puga es Licenciado en Pedagogía por la University College of Belize y tiene una Maestría en Teología Aplicada por parte de la Loyola University New Orleans. Fue nombrado miembro ordinario de la Orden Civil del Imperio Británico en el 2006 por su aporte a la educación, la cultura y la comunidad. Es activista y promotor cultural, y actualmente funge como Decano de la Universidad Católica John Paul II Junior College en Benque Viejo del Carmen, Belice, instituida en el año 2014.

Que el muerto entierre a su muerto

—El cura mandó a decirnos que ni nos atrevamos a llevarlo a la iglesia.

Abrió los ojos. Era la voz entrecortada de su mujer que yacía tirada en el sillón al fondo, como un trapo viejo de sacudir.

Quiso hablar, pero no pudo. Sentía la lengua pegada al paladar. Bajó la mirada y vio que le habían puesto sobre el pecho las reliquias de su bisabuelo —siete fragmentos de la mandíbula superior puestos en una cajita de arcilla—. El abuelo había sido uno de los insurrectos Santa Cruz que, después de la guerra sangrienta de 1840, condujo una ola de inmigrantes para asentarse al sur de la Colonia, en las selvas que colindan con el Yalbác.

Entonces se acordó de la noche anterior cuando tuvieron que llevarlo de emergencia al hospital de San Ignacio, en el coche del alcalde municipal que usualmente fungía como ambulancia del pueblo. El dolor se le había afianzado en el pecho y sentía que la cabeza le iba a estallar. Era como si alguien intentara abrirle el esternón con un hierro candente. —¡Me muero! —balbuceó, tirando a la enfermera del cuello. Miró a su mujer y trabó los ojos. La enfermera se estremeció al ver el rostro pasmado del hombre, quien en su desesperación trataba de decir algo. Este levantaba la mano izquierda que se había mochado cuando niño y enseñaba sus tres dedos. Antes que el alcalde y su amigo lo sostuvieron emitió un sonido gutural y se desplomó rompiendo el piso de madera infestado de polilla.

Un estruendo sacudió el polvo en los corredores desolados del hospital. El cuerpo pesado e inerte cayó sobre la lápida de los restos de uno de los difuntos, muertos de la fiebre española del siglo 19, que aún permanecían enterrados debajo de la casona vieja encumbrada por postes de chicozapote.

Un tropel de mujeres entró al cuarto. En seguida volvió a la realidad. Ponían cara de lástima mientras le daban el pésame a su mujer. La última, una vieja gorda y fea, vociferó que el cura estaba loco, que Dios era quien juzgaba. —¡Llévenlo con los nazarenos! —promulgó otra, chupándose las encías desdentadas. Esta se refería a los evangélicos que tenían su templo por la plaza dedicada a la Reina Isabel II. La que echaba maldiciones contra el cura se le acercó, se le quedó viendo apaciblemente y le susurró al oído: —Tres no eran tus hijos, acertaste anoche.

Luego se santiguó y se sentó.

Entonces se dio cuenta que era la enfermera del hospital. —¡Zorra vieja! —contestó él. Lo sabía mejor que ella. Ahora lo entendía mejor; lo veía más claro que el reflejo del sol por la ventana. Su mirada traspasaba los pensamientos de los que estaban sentados en la pequeña alcoba. —¡Gallina que come huevo aunque le quemén el pico! —murmuró—. En fin —Pensó—, todo se paga en el purgatorio. Había conocido a su mujer en uno de los *nightclubs* de los callejones sombríos en la ciudad donde deambulaban mendigos y perros en busca del desperdicio de los

restaurantes chinos. Ella tenía cuatro hijos de diferentes hombres, cada cual había sido encomendado con la madrina de bautismo. Tuvieron cinco hijos; bueno, decían que tres no eran de él.

—No pude ni tocarlo. —Pensaba. Los de la hermandad llegaron en cuanto oyeron del suceso. Sacaron a todos del cuarto y lo vistieron en un flux negro con corbata roja. Luego la llamaron e hicieron que le pusiera un pañuelo de seda blanca en su mano derecha. Según ellos, era para devolverle la palabra, el compromiso de casados. Ella quedaba libre, otra vez. Ahora hacían guardia, después de haber hecho una retahíla de cosas, conocidas solo por ellos. Le dijeron que si quería, podía ponerle velas. Lo hizo una, tres y seis veces, en lo que iba de la hora. Con el calor agosteo las velas parecía que fueran de hielo.

Habían llegado en montón, con la banda de música, de la vieja capital portuaria unos negros como el carbón, con ojos que parecían huevos salcochados, hablando su inglés africanizado. Pusieron el escudo de la hermandad en el dintel de la puerta principal —dos espadas con el compás y la regla geométrica al medio—. Dos de los negros hacían guardia, rígidos como dos postes de madera de pino, engalanados con múltiples adornos representando rangos y distinciones.

—Son de la hermandad —murmuró la viuda a un viejo con cuerpo de topo que estaba a su derecha—, pero él era católico, aunque el cura diga lo contrario; me lo dijo muchas veces, y lo dijo antes de morir, en la misa de las tres de la tarde, me lo dijo con la mirada y lo aseguró con sus dedos.

Luego procedió a contarle por undécima vez cómo se abrió el piso para caer ligeramente sobre una bóveda de mármol con una inscripción que decía: *Al bajar mi cuerpo al abismo, mi alma ascenderá en el soplo ligero de mi suspiro.*

Siguió la mirada de su mujer que llevaba las ojeras hasta media mejilla y notó a los dos negros de rostro feo que llevaban una estola violeta sobre los hombros. Entonces se acordó de su anillo. Lo había conseguido cuando fue iniciado en la congregación. Levantó la mano izquierda y su mirada se entrelazó con la de su amigo que lo había acompañado al hospital.

—Te fuiste, paisano —dijo entre dientes el hombre de baja estatura. Lo llamaban El Turco, aunque sus antepasados habían llegado del Líbano. Estos se habían asentado al occidente de la Colonia y muy pronto se convirtieron en grandes terratenientes y contratistas en la industria del chicle.

—¡Es una jodida! —siguió, moviendo los bigotes que le hacían parecerse a un gendarme del régimen de Pancho Villa—. ¡Qué no te dejen entrar a la iglesia por ser un muerto arrepentido vale mierda!

Le tocó el anillo y cerró los ojos. Él también era de la hermandad; casi toda su gente lo era.

—Te probaste hasta la muerte —murmuró—; más claro no canta el gallo, no tenías por qué decirlo anoche, te entendí cuando levantaste la mano, uno, dos y tres, los tres grados de superación; te van a despedir con todos los honores.

Entonces se echó en un mar de llanto. Las lágrimas le chorreaban sobre los cachetes inflados y salpicaban sobre las reliquias del abuelo Ubenses.

Vio que su amigo buscaba desesperadamente su pañuelo blanco de algodón en las bolsas de su pantalón negro, mientras se alejaba. Sintió su anillo en la mano izquierda y bajó la mirada. Luego, se acordó. De niño había perdido dos de sus dedos cuando jugaba con un cartucho de escopeta. Creyendo que era una especie de cohete que quemaban en las fiestas patronales de la Virgen del Escapulario quiso sacarle la pólvora con un clavo y le explotó en la mano. Tragó en seco. *Más vale entrar al cielo sin dos dedos que entrar con cinco al infierno* —Pensó.

Una voz barítónica lo sacó de sí mismo. Hablaba sin detenerse, como una co-torra. Era el alcalde municipal, quien vestía una guayabera blanca de mangas largas y llevaba en el brazo derecho el pabellón nacional. Contaba de su encuentro con el cura, que le había dicho a este que tenía el deber de recibir al muerto y de oficiar el entierro según lo mandaba la Santa Madre Iglesia, ya que él había sido del partido de la Reina, habiendo sido nombrado por Su Majestad como Juez de Paz.

—Nos lo dijo bien claro antes de morir —dijo saltando la mirada de rostro a rostro—, ¡con los dedos, tres años, sirvió tres años, uno, dos y tres!

Siguió diciendo que le había dicho al cura que si era necesario iría con el Gobernador que representaba a la Corona. El cura, dijo él, le había contestado que él era tejano y republicano y que del único que recibía órdenes era del Señor Obispo, de quien aún esperaba una decisión al respecto, y que, además, era pecado mortal ser parte de esa hermandad donde imperaban cosas secretas conocidas únicamente por sus miembros. El alcalde le contestó que supiera que hasta el Obispo era de la hermandad. El cura recién nombrado a la parroquia había quedado estupefacto al escuchar esto.

—Sepan ustedes que sirvió a este país y a la Corona por tres años y lo vamos a llevar hasta las puertas de la iglesia con la bandera azul, roja, y blanca —concluyó el alcalde. Se acercó a la cama y extendió la bandera con el escudo de los hombres de la Bahía, y la compuso sobre las piernas del difunto.

El cortejo salió a las 2:30 de la tarde rumbo a la iglesia católica. Iba muchísima gente llegada desde la costa y del interior, y los que no lo acompañaban se juntaban como zancudos en los callejones estrechos y oscuros para verlo pasar. Como era costumbre en las procesiones fúnebres de la hermandad, la banda imperial acompañaba al frente entonando el himno *Cerca de Ti*. Los integrantes iban en sus vestimentas de rango; unos con trajes negros, otros de morado y algunos en trajes violetas que apenas dejaban ver los zapatos negros y cerrados, y difícilmente se podía saber si eran hombres o mujeres. Los de túnica negra llevaban un capote azul y los demás una especie de birrete. Todos llevaban en el hombro derecho la distinción de la sociedad, el signo del compás. Al salir de su casa se habían puesto un velo verde en la boca, signo de la discreción de Pedro. Era un voto que habían hecho para no divulgar los secretos de la hermandad. En el trayecto a la

iglesia lo apretaban hábilmente con los labios, sin pestañar, mientras caminaban al paso de la marcha fúnebre. A pesar del calor intenso que derretía hasta la cera de las flores de papel china sobre el pecho del difunto, los uniformados avanzaban sin una gota de sudor en la frente.

Él veía toda la pompa con que acompañaban el entierro. Iba sentado sobre el féretro cubierto con las banderas nacional y municipal, elevado en hombros de seis oficiales de la policía que arrastraban los pasos tratando de esquivar los huecos de las calles polvorientas. Veía más allá, sobre la cabeza de la gente enlutada. Entonces, llegaron al frente de la iglesia. Los portones de hierro colado estaban abiertos, pero las puertas permanecían cerradas. La banda de música calló y un silencio sepulcral saturó la tarde pesada de agosto. Eran las 2:57 de la tarde. Permaneció allí, sintiendo el golpe del corazón en la garganta.

La gente contuvo el suspiro con miedo de romper el ambiente de hielo que se vivía. Los de la hermandad se quedaron estáticos como los pilares de la iglesia de piedra. Su vista permanecía fija en las puertas de caoba del templo y parecía que de un momento a otro la misma mirada las tiraría de lado a lado.

Entonces se fijó en el papel que estaba afianzado en lo alto de la puerta derecha. El alcalde se acercó cautelosamente a las puertas y en puntillas hizo por bajarlo. Se lo llevó a la vista y lo leyó. *Dejad que los muertos entierren a sus muertos*, decía en letras góticas. Él también lo había leído a pesar de la distancia donde estaba. Vio como el alcalde se rascó la cabeza y se dirigió al moreno que encabezaba la procesión con un garrote de metal, vestido en un traje negro y un birrete morado con dos picos que le colgaban hasta la cintura. El alcalde se secretó con el negro, y este, a su vez, se volteó hacia la gente. Carraspeó y enseñando sus enormes dientes dijo con voz de trueno:

-Let ded man bury ded man, so Fad' seh!...So, let Bra' Diego decide!

Un murmullo corrió entre la gente que se había amontonado a las puertas de la iglesia como zánganos en la miel.

Debía decidirlo él. Lo había dicho el cura en su escrito. Al momento sintió que una fuerza lo elevaba al aire, y de un salto cayó a tierra. Se echó a correr así como de niño huía de las monjas cuando trataban de cuerearlo por sus travesuras. Se detuvo ante las puertas pesadas de la iglesia y las golpeó tres veces con el puño. Al instante chirrearon las bisagras y las puertas comenzaron a abrirse lentamente como cuando sale la procesión del Santo Entierro. Eran las tres de la tarde.